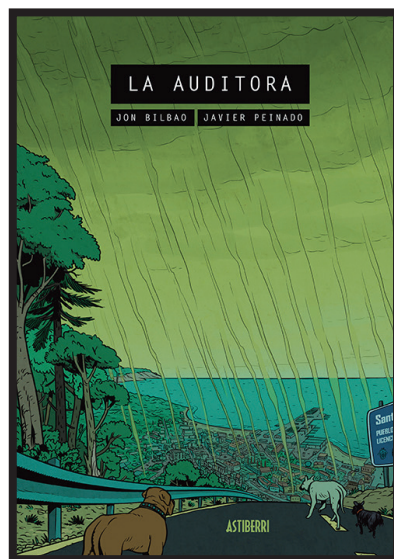

La auditora

JON BILBAO Y JAVIER PEINADO

Astiberri, 2019

A quien haya leído los cuentos y novelas de Jon Bilbao no le sorprenderán los temas ni el argumento de *La auditora*, su primer título como guionista de cómic; aunque, en esta ocasión, la trama asume una temática más directamente entroncada con la ciencia-ficción. La historia tiene lugar en una localidad llamada Santa Marina, cuya ambientación remite veladamente al paisaje y construcciones típicas del norte de España. En un futuro próximo, el destino de Santa Marina es quizá el mismo que le espera a las poblaciones de la cornisa cantábrica que antes vivían de la industria pesada y la minería: reconvertirse en pueblos-factorías. Los habitantes de estos lugares viven del trabajo manual en sus propias casas y cada ciudadano desempeña una tarea diferente en una gran cadena de montaje que implica a todo el pueblo. Sin embargo, es mejor no engañarse: aunque el trato en estos pueblos-factorías sea, en apariencia, más humano que en una cadena de montaje, lo único que ha cambiado es el espacio en el que transcurre la jornada laboral. Solo hay una razón por la cual la gente ya no necesita levantarse pronto para ir a la fábrica. Ahora todo el mundo vive en ella.



Los habitantes de Santa Marina son gobernados, tanto en lo laboral como en lo administrativo, por una sola familia; una madre, que al mismo tiempo es la alcaldesa y la maestra, así como sus tres hijos, quienes se aseguran de que todo funcione como un reloj completamente autárquico. No hay intimidación en lugares como Santa Marina. Cualquier miembro del equipo directivo puede entrar en casa de los trabajadores para verificar que estos estén cumpliendo con las cuotas diarias de producción. En lo privado, las cosas no tienen mucho mejor aspecto. En un pueblo tan pequeño, todo el mundo quiere conocer los secretos de los demás; y cuando estos afectan a la producción, la amable Primera Familia de Santa Marina puede erigirse en acusadora, juez y verdugo de los transgresores.

Como consecuencia, todo el mundo intenta ser discreto en Santa Marina y se guarda mucho de compartir sus vergüenzas y secretos. Pero esto mismo hace que sea el lugar ideal para que se oculten los seres más temidos en esta sociedad futura. Los robots. Y eso justo es

lo que ha pasado en Santa Marina. Un buen día, la familia que gobierna el pueblo obtiene evidencias de que, desde hace un tiempo, se oculta un robot entre su plantilla y, para identificarlo, encargan a una auditora hacer entrevistas a todos sus trabajadores con el pretexto de introducir mejoras en la cadena de producción.

Hasta aquí la anécdota que sirve de arranque para *La auditora*, y hasta aquí todo lo que podemos contar sobre ella sin caer en *spoilers* que podrían fastidiar la experiencia lectora. No porque estemos ante un *whodunnit* en el que la identidad del robot sea importante de cara a la trama, sino porque la obra de Jon Bilbao suele proceder de un modo muy particular en el que, mediante la acumulación de detalles que en un primer momento pueden pasar desapercibidos, estos acaban poco a poco adquiriendo una significación mayor. Cada gesto superficial es síntoma de una realidad profunda. Y esto, que tan bien ha manejado siempre Bilbao en su prosa, lo ha trasladado al cómic Javier Peinado con una eficiencia asombrosa.

Como muestra, un botón. Durante una inspección rutinaria, Sabas, uno de los hijos de la alcaldesa, entra en casa de uno de los trabajadores de Santa Marina y descubre un trapo manchado de una sustancia azul. No sabemos qué relevancia puede tener esto, pero por el gesto que pone Sabas, entendemos que para él sí la tiene. Sabas encuentra un cesto de ropa sucia al lado del fregadero y, por alguna razón, esto le resulta extraño. ¿Por qué lavar la ropa a mano si el trabajador tenía lavadora? Al examinarla, Sabas se encuentra con que la lavadora está desconectada y esto, junto con las pistas anteriores, le da la solución al misterio. La lavadora está desconectada porque el propietario la estaba utilizando para guardar algo en su interior: un manual de mantenimiento de robots. Uno de los habitantes de Santa Marina conocía la identidad del intruso artificial.

Es un verdadero placer para quienes hayan seguido hasta ahora la trayectoria literaria de Jon Bilbao, cómo se trasladan a imágenes estas estructuras narrativas, a veces casi *hitchcockianas*, que siempre ha utilizado en su obra; y más cuando los medios que se utilizan en *La auditora*, tan parca en textos, son puramente visuales, ya que, por ejemplo, la secuencia descrita anteriormente es muda por completo. Javier Peinado, que se encarga del dibujo y del color, sabe crear, además, la atmósfera perfecta que necesita este relato. Su estilo de línea clara es amable, de una claridad expositiva singular; sin embargo, hay algo que se quiebra en su trazo... algo que es sucio a veces y que irrumpe, como las sombras, solo de cuando en cuando. Y quizá este sea el mayor triunfo de *La auditora*: que sus imágenes tienen la misma ambivalencia que las palabras de Jon Bilbao cuando narra él solo. Palabras e imágenes que, bajo su apariencia de normalidad, ocultan algo inquietante que te pone sobre aviso de la verdadera naturaleza de las cosas.

Pero, más allá de cómo dibujante y guionista nos cuentan esta historia, está lo que la historia nos cuenta en sí misma. Y, en ese sentido, los autores aplican el mismo principio que antes mencionábamos, basado en el detalle; lo cual hace de *La auditora* una obra de una gran densidad narrativa. Pocos cómics hay en los que se narre tanto en una sola viñeta. Es la estrategia de la «narrativa iceberg»: la poesía de comunicar lo oculto a través de los pequeños detalles que afloran a la superficie; y aquí, Bilbao y Peinado lo aplican a todo el drama

humano puesto en escena, que en realidad, nada tiene que ver con los robots, sino con una realidad mucho más prosaica. La nuestra, de cada día.

Y es que la obra de Jon Bilbao funciona casi siempre a base de anécdotas o elementos fantásticos que, al aparecer de repente en la realidad cotidiana, acaban por revelar aspectos ocultos de esta que antes no veíamos, pero que siempre han estado ahí. En ese sentido, la búsqueda del robot se convierte en una excusa para abrir la caja de Pandora que contiene todos los secretos de los habitantes de Santa Marina; algunos tendrán sus consecuencias, pues afectan directamente a miembros de su Primera Familia. Otros no cambiarán para nada el transcurso de las cosas. Sin embargo, durante el camino, los lectores habrán hecho un buen número de descubrimientos sobre sus habitantes y, por extensión, sobre sí mismo.

Uno de ellos, quizá el más importante, tiene que ver con la pregunta que siempre nos plantean las narraciones sobre inteligencias artificiales. ¿En qué sentido somos diferentes a un robot? ¿Qué es lo que nos hace humanos? Y las respuestas que sugiere *La auditora* son, en realidad, más numerosas y bastante más amplias que la que nos dan otros relatos de ciencia-ficción, como por ejemplo, ¿*Sueñan los androides con ovejas eléctricas?* (Philip K. Dick, 1968) o *Los superjuguetes duran todo el verano* (Brian W. Aldiss, 1969), por mencionar dos que abordan este mismo tema desde un punto de vista filosófico y humanístico, aunque no tanto a nivel de trama o argumento. Ante esta pregunta, Dick señalaba el factor Turing (humano es todo aquello que tomamos por humano y que se toma por humano también a sí mismo), mientras que Aldiss apuntaba al factor simbólico e imaginativo (humano es quien usa el lenguaje). Sin embargo, Bilbao y Peinado sugieren muchas más posibilidades. Humano es quien es capaz de provocar celos, humano es quien puede tener reacciones altruistas, humano es quien quiere vivir la experiencia humana aunque sea a través de los ojos de otro, humano es quien vive a la espera de un objetivo que nunca llega...

O quizá humano no sea nadie, porque si hay algo que nos enseñen las distopías laborales es que todos tenemos que servir a alguien, como tan sabiamente dijo Bob Dylan.

ROBERTO BARTUAL

Después de una breve carrera como actor de cine (El abuelo, la condesa y Escarlata la traviesa, Jess Franco, 1994), Roberto Bartual (Alcobendas, 1976) decidió perseguir la mucho más lucrativa carrera de escritor. Co-autor de La Casa de Bernarda Alba Zombi y traductor, actualmente colabora con el colectivo Dátil (Dramáticas aventuras) y Julián Almazán como guionista en varios proyectos relacionados con el cómic. Sus relatos pueden encontrarse en las antologías Ficciones (Edaf) y Prospectivas (Salto de Página). Es editor y redactor de la sección de cómic de la revista digital Factor Crítico. Obtuvo el premio extraordinario de doctorado 2010/11 en la Universidad Autónoma de Madrid con la tesis Poética de la narración pictográfica: de la tira narrativa al cómic, y su investigación en esta área puede encontrarse en publicaciones como Studies in Comics, Journal of Scandinavian Comic Art o Revista de Arte Goya. Es autor de dos libros sobre cómic (Narraciones Gráficas y Jack Kirby. Una Odisea Psicodélica) y de su primera novela: Blitzkrieg.